



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO



TRES GLORIAS DE LA ESCENA

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Tres glorias de la escena*.—*J. M. Bartrina*, (continuacion) por P. Gener.—*En el album de S. A. la infanta doña Isabel*, por J. Zorrilla.—Nuestros grabados.—*A Hespanha*, (conclusion) por Nuno d' Albuquerque.—*Los estornudos del diablo*, (continuacion) por J. Tomás y Salvany.

GRABADOS.—*Tres glorias de la escena*.—*Danza de pescadores*.—*Los limites del poder*.—*En la playa*.—*Amor*.—*San Pablo predicando en Atenas*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

El primer tapon, zurrapas, decía yo en mi artículo de la semana anterior, y para justificar inconscientemente dicho axioma, al primer párrafo... se me escapó una errata: dejé pasar un «llegue en manos» en vez de sustituir la preposición *en* por la de *á*. Supongo que los lectores á quienes me dirigía ya habrán hecho la enmienda, pero de todas maneras, bueno es hacer constar que no me hago solidario de los cajistas... cuando se equivocan.

En cambio, no puedo menos de formar coro con cuantos han vituperado enérgicamente la conducta del concejal del ayuntamiento de Madrid, señor Párraga, que atropelló, según se dice, de un modo incalificable á mi compañero en la prensa, el señor Franco. No conozco á ninguno de dichos dos señores, pero el agredido me es simpático por lo de escritor y por lo de Franco, tanto más cuanto que al parecer debe su percañe á haber hablado, más bien, á haber escrito en *El Liberal* con entera franqueza.

* *

Con la misma diré que me alegro de la resolución adoptada por el juez que entiende en la causa instruida con motivo del atentado susodicho, procesando al concejal señor Párraga, al señor Villasante, colega del agresor, á los médicos que certificaron que éste tenía lesiones, (lo cual parece no ser cierto), y no sé si á alguien más. Y me alegro, porque el asunto iba tomando un cariz algo... extraño y á mí me gusta ponerme siempre de parte de los débiles: es una debilidad mía que no puedo evitar.

Otro tanto digo respecto al atentado de que ha sido víctima el director de *El Pacto Aragonés*, de Zaragoza, á quien se le descargó un palo por la espalda. Sobre todo el compañerismo. Bastante trabajo tenemos los que nos dedicamos á hacer letras, con no poder firmar ninguna de cambio, por carecer de crédito suficiente para que constituya un valor en la plaza, y no es justo que ademá nos hallemos expuestos á sufrir las embestidas del primer zulú á quien sepa mal que le llamemos en castellano salvaje, y que pretenda demostrar nuestra sinrazón... cometiéndole una salvajada.

* *

Los dos hechos que acabo de relatar me han puesto de mal humor, y por consiguiente no estoy para fiestas. Por eso no les hablo á Vdes. de las últimas que se han verificado en París en celebridad de una porción de cosas que no me parecen del todo dignas de ser celebradas; juzgo más acreedor á conmemoración el aniversario, ó el centenario, ó el milenario del nacimiento de cualquier hombre célebre, como Cervantes, Calderon, Racine, Corneille, Shakespeare, Goethe ó Byron.

En esas fiestas se ha inaugurado un monumento, respecto al cual decía un intransigente, admirador y casi apasionado de Luisa Michel:

—Ya tenemos estatua de la República. Ahora sólo falta República que justifique la estatua.

Y le respondió un hombre de bien:

—Antes ciegos que tal veas.

Pero lo dijo en voz baja para evitarse recibir alguna... intransigencia por el estilo de las que tienen en el lecho al señor Franco y al director de *El Pacto Aragonés*.

* *

Una noticia agradable en medio de tantas tristes: parece

que el conde de Chambord ha dado el gran camelo á los que aún en vida suya se repartían su herencia. Ya no se muere... al menos de la enfermedad que actualmente todavía le aqueja.

Debo advertir á Vdes. que doy esta noticia con todas las reservas necesarias, porque recuerdo que días pasados juzgué ya difunto al ilustre enfermo y... con efecto, parece que no hay tal cosa. Si luego resulta que, al fin, desgraciadamente fallece, no les extrañe á Vdes. que esté mal informado. Desde que sé que hay temores de que venga el cólera, he resuelto incomunicarme con la muerte, y por eso no recibo de su tétrico reino comunicaciones fidedignas.

EDUARDO BLASCO.



TRES GLORIAS DE LA ESCENA

Hoy se ven honradas las columnas de LA ILUSTRACION IBÉRICA con los retratos de los tres insignes actores que á tanta altura han elevado su renombre como maestros en el difícil arte dramático. Barcelona aplaude en estos momentos al glorioso Valero, verdadero príncipe del teatro español contemporáneo, consumado artista para quien no tiene secretos la escena y que dispone á su arbitrio de la sensibilidad del público, y aplaude no menos á Vico, intérprete eminente de las más preciadas obras, talento vigoroso y de alto vuelo, dueño de las más enérgicas expresiones y de los más conmovedores rasgos que pueden arrebatarse á un auditorio. Brilla á no menor altura que ellos Rafael Calvo, gallardísimo galán, embeleso de los oídos y regocijo de las miradas, capaz de hacer sentir como pocos y de decir los versos hasta causar inefables deliquios, convirtiéndose en ocasiones en asombrosa obra plástica, como sucede en *Don Alvaro*, en la escena de la portería.

Suerte ha sido la del público barcelonés al poder admirar á un mismo tiempo la peregrina conjunción de esas tres estrellas, representantes de la ciencia, la inteligencia y la inspiración, encarnadas en los inimitables protagonistas del *Alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño* y *El gran galeoto*.



J. M. BARTRINA

Bartrina desdeña la tierra por encontrarla malvada, pero no afirma que el cielo sea preferible, ni siquiera si existe uno. En su poesía: *Una duda*, después de pintarnos con colores muy acentuados al asceta que se mortifica durante toda su vida para ganarse el cielo, exclama:

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

Tanto la duda le embarga, que duda de todo, empezando por dudar de su propia persona, y se desprecia al igual que desprecia todo lo demás. En su *Ecce-Homo* llega á querer divorciarse de sí mismo, cansado que está de sostener la perpetua lucha de sus virtudes con sus vicios. En *La última cuerda* dice que de cinco que tenía su lira, cuatro se rompieron al querer remontarse, abandonando el mundo y su cielo. La que le queda quisiera tenderla al arco del amor, pero ve que se le romperá también en cuanto intente lanzar una flecha á la mujer que ama; quisiera pescar con ella fortuna en el torbellino de la vida, poniendo sus sueños de gloria por cebo, pero teme que salga algún contrario y se coma el cebo y la cuerda. Por fin resuelve reservársela para ahorcarse con ella. En la composición titulada: *Reflejos*, proclama que en todo lo que nos rodea sólo vemos lo que en nosotros pasa. El traidor sólo ve Júdas, el joven enamorado cree que le aman, el ladrón se figura que le roban, el falso juzga que le engañan, y acaba por decir que en su aislamiento no cree en nada, ni á nadie, y que la luz que irradia su cerebro sólo le sirve para oscurecerle el mundo. En otra poesía compadece á

los gusanos que despues de su muerte roerán su cadáver, pues dice que al llegar á su corazon:

O le hallarán en podre convertido,
ó en un manantial de sangre envenenada,
ó en vez de corazon no hallarán nada!

Y no es aún esto todo, pues en otra exclama:

Si yo quisiera matar
á mi mayor enemigo,
me habría de suicidar.

Es un poeta realista y un filósofo pesimista y misántropo. Observa y analiza con gran exactitud y expresa con vigor el resultado de sus investigaciones; pero sólo se detiene en examinar el lado malo de las cosas: el lado bueno ó no lo ve ó no quiere verlo. Diríase que es un médico que anatomiza para encontrarnos solamente fibras lesionadas de los órganos.

Parece que en la lucha para la vida tan sólo fueran golpes lo que recibiera; la fortuna no le habia reservado más que sus reveses. Por esto es, sin duda, que blande el látigo como arma de combate, y cuando encuentra un defecto, y casi siempre son defectos lo que encuentra, lo cruza de un latigazo.

Es un Juvenal que lleva oculto un Schopenhauer. Encuétrasele sobriamente analizador y friamente incisivo; precisamente éstas son sus dos primeras cualidades. Encierran algunos de sus versos una ironía sarcástica que marchita todo lo que toca. En general tiene el estilo amargado por la hiel. A veces parece que ha mojado la pluma con veneno: su frase entónces produce el efecto de un estoque helado que, introduciéndose hasta vuestro corazon, os congelará la sangre en vuestras venas. Escuchémosle:

El hombre al hombre olvida,
si no le es indiferente, cuando muere;
y si le debe algun favor, en vida.

Dice la Biblia que al crear el hombre
hízole Dios de polvo,
mas de seguro que ántes llovería
y Dios, en vez de polvo, cogió lodo.

El que pierde á su padre
llora afligido.
El que pierde dinero
se pega un tiro.

Cual el Satan judaico del Antiguo Testamento, no encuentra por doquier más que maldad y egoísmo. En la realizacion de las cosas más grandes siempre ve ocultos móviles mezquinos. Si una hija acuérdase de que hace un año se murió su padre, es porque en tal día un hombre la llamó fea. La mujer no sufre concurrencia alguna:

Si no quiere al marido
querrá á cualquiera, al lacayo.

¡Ay de los que se dediquen al estudio; su mujer no les perdonará el que la pospongan á sus investigaciones por interesantes que sean!

De ningun hombre de ciencia
el talento hereda el hijo,
y no se dejó, de fijo,
de cumplir la ley de herencia,

exclamó, en tono amargo. Y despues continuó en otra notable poesia:

Si la virtud, la inocencia,
la rectitud de conciencia
y de amor la pasion pura,
fuesen males,
y únicos males sin cura,
ya seríamos los seres
todos, hombres y mujeres,
inmortales.

Si se fija en los hábitos que cubren nuestro cuerpo, se pregunta:

¿Qué escándalo ha precedido
á la invencion del vestido?

Y si mira los cerrojos de las puertas y los muebles, añade:

¿Y qué delitos graves
al invento de las llaves?

Si encuentra preciosa la virtud, no es porque ella en sí valga algo; á su ver lo es tan sólo *porque es rara*.

La cara es sólo una máscara que encubre lo que pensamos. Darwin se engañó al afirmar que el hombre es superior al mono.

Su escepticismo de particular vuélvese general, pero de una manera harto extraña. Ataca á la humanidad como si fuera un solo hombre, y este hombre colectivo, este fantasma, á quien lanza dardos envenenados, no es más que su propio reflejo, un desdoblamiento de sí mismo, que él toma por un sér distinto, en el que se figura adivinar la humanidad. Así llega á aconsejar que cada cual se analice á sí mismo y así aprenderá á despreciar á todo el género humano. Este antropomorfismo original no es más que la consecuencia de su egoísmo especulativo, que llega á suponer que el universo no tiene otra realidad que la de percibirlo él en su cerebro.

Si le escucháis en el décimo *arabesco*, él es su propio Dios, por él cantan las aves en los aires, por él las estrellas brillan en el firmamento, por él las flores abren sus capullos, por él sienten las almas y las beldades son bellas.

(Se continuará).

POMPEYO GENER.

EN EL ALBUM

DE

S. A. LA INFANTA DONA ISABEL

En vuestro album escribir
me ordena por Vos un sér
de quien me ordenó vivir
Dios cautivo hasta morir
por amor y por deber.
Mas dignaos advertir
que para haceros servir
no era tanto menester,
pues me honráis Vos con querer
lo que á mi me honra cumplir.

Su sola presentacion,
por sólo ser de quien es,
da á este álbum pasa y razon;
y pues prez da y galardón
él donde va, venga pues;
yo sé que mi obligacion
es poner mi corazon
y mi pluma á vuestros piés:
y lo están... sin interes,
sin plazo y sin condicion.

Mas de este album, ¡ay de mí!
hay que miniar el papel
con una gota turquí
de la sangre de una huri
recogida en un clavel,
y tomando por pincel
el pico de un colibrí,
que no liba más que miel;
en vuestro álbum, Isabel,
no se escribe más que así.



DANZA DE PESCADORES



LOS LÍMITES DEL PODER

Quisiera así escribir yo:
pero así, ¿cómo y con qué?
La que por Vos me le dió
en mis manos le dejó,
me dijo «escribe» y se fué.
Le he de escribir, ¿cómo no?
Mas, señora, os juro á fe
que desde que á mí llegó,
no sé lo que me pasó
que lo que es de mí no sé.

Le miro y vuelvo á mirar,
le hojeo y vuelvo á hojear;
una hoja de la otra en pos
me detengo á contemplar;
una busco en que firmar
y se me pasa entre dos.
¡Ay! Vuestro álbum es el mar
en donde me arroja Dios
mi pensamiento á buscar...
y yo no hallo más que á Vos.

Busco una idea á través
del ondulado en que van
y vienen, como una mies
sobre quien los vientos dan,
las mies; pero mi afán
perdido é inútil es:
mis pensamientos están
todos con Vos. ¿Qué trae, pues,
vuestro álbum? ¿Es talisman
que os echa almas á los piés?

De vuestra cámara real
trae el perfume sutil:
vuestros labios de coral
con vuestro aliento vital
le han dado á nardos de abril
el olor primaveral,
y en su canto marginal
de vuestra mano gentil
se adivina la señal
de los dedos de marfil.

(Se continuará).

JOSÉ ZORRILLA.

NUESTROS GRABADOS

DANZA DE PESCADORES.

Quando despues de peligrosa navegacion salta en tierra el marinero, encuentra en los goces de la tierra como cierta voluptuosidad y deleite que no llega á concebir el dichoso mortal que pisa de continuo el suelo firme. Nadie como el que acaba de salir de las miserias y riesgos del terrible Océano se entrega con tanta fruición á los placeres del baile, del vino, de la música y del amor. Sólo el juego le es permitido á bordo, mas de seguro que no es eso lo que le atrae al hallarse en bulliciosa y animada reunion donde figura el bello sexo. Las sensaciones del marinero son vehementes como comprimido vapor que de pronto estalla. ¡Dejémosle gozar de esas breves horas de libertad y expansion, que harto pronto llevará de nuevo las anclas el monótono barco, juguete de los embates de las olas y de las violencias del viento!

LOS LÍMITES DEL PODER.

El opulento patricio, hartó de festines, saciado de placeres, cansado de los espectáculos del Circo y del Teatro y ahito de las compradas caricias de las meretrices, se ha sentido herido de extraña pasión por la bella Lálage, la más jóven de sus esclavas. Sentado en sus jardines, olvidado de sus grandezas y de sus tesoros, llama á la cautiva para que le escancie meloso falerno en la dorada taza. La esclava, sumisa, toma el ánfora y acude á donde está su dueño. Collar de preciosas perlas ciñe su cuello, las telas más ricas de Tiro y de Sidon han servido para su túnica, y adornan sus brazos costosas joyas traídas del Egipto y la Propóntida. En balde intenta el amo que la vil criatura pague con una sonrisa sus amorosas palabras; en vano lanza el parásito sus chistes más irresistibles; nada basta á alcanzar que ella levante del suelo la mirada. El poderoso aristócrata siente entonces con cruel asombro que su poder no es bastante á rendir la férrea voluntad de una cosa de que es dueño. Erguida é inmóvil como una cariátide, la jóven sirve al amo humildemente, pero jamás entregará su alma ni su corazón á quien ella no quiera. Una frágil mujer ha sido el escollo en que ha chocado la omnipotencia del patricio. Sus palacios, sus campos, su terrible derecho,

su influencia y su nombre, capaces de levantarle al solio imperial, no han bastado á arrancar una sonrisa de los labios de una miserable esclava.

EN LA PLAYA.

Difícil es decidir si tiene más encanto un bosque lleno de frescura y de misterio, que una playa besada por el mar inmenso. Sea como fuere, cabe tanta poesía en uno como en otra, aunque la playa es siempre más alegre y se presta á más divertidos espectáculos que la espesura de una selva. Dulce cosa es, en efecto, correr sobre la fría y húmeda arena, sentirse sorprendido por la juguetona onda, andar por la llanura suave de la orilla y respirar el penetrante olor que trae en sus alas la marina brisa. La forma humana colocada en el despejado espacio de la playa, destaca con más delineados contornos su modelado, y un grupo que se forme, loqueando y corriendo, aparece como una verdadera vision escapada de un vaso griego.

Sólo que ¡horror! los que hoy van á bañarse á la playa aparecen vestidos y vestidas con trajes que hacen el sastré, la modista, ó se venden hechos en los bazares.... ¡Oh Venus Afrodita! ¡Oh Leandro! ¡Oh Glauco! ¡Oh Nereidas, Ondinas, Sirenas, Tritones y Nayadas!

AMOR.

Este cuadro no tiene nada de académico ni de clásico, por más que se vea un travieso Cupidillo armado con las tradicionales flechas y se presente *in puribus naturalibus*. Su mamá es completamente moderna y en vez de ofrecerla el pintor como una estatua, la ha confundido y casi anegado entre misteriosos follajes que la prestan un aspecto terrenal, enteramente distinto del ideal de una escultura toda abstraccion.

Doloroso es confesarlo, pero tal debe ser la *Venus Naturalista* del siglo diez y nueve, cuya penúltima generacion ha devorado 100 (en cifras) y pico de ediciones de *Nana*.

SAN PABLO PREDICANDO EN ATÉNAS.

Rafael tuvo tres maneras sucesivas, ó por mejor decir, revela en su obra tres etapas de glorioso progreso: principios, marcha y perfeccion. La primera época se refiere á las pinturas que produjo bajo la influencia del Perugino; la segunda, á las que trazó bajo la inspiracion de Leonardo, el *Fratre* y la escuela florentina, y la tercera, comprende las obras ejecutadas en Roma, sin resabios ni reminiscencias de ningun género, resumiendo las conquistas del renacimiento y el triunfo del catolicismo.

A este último órden pertenece el *San Pablo* que representa nuestro grabado, tomado de uno de los célebres *cartones* de Hampton-Court, hoy ornamento del museo de Kensington, los cuales fueron dibujados y pintados al temple por Rafael, en número de doce, para servir de modelo á unas tapicerías de oro y seda mandadas labrar en Flandes por Leon X. Rafael los acabó el año mismo de su muerte, pudiendo así asegurarse que representan el más alto puesto á que rayó su genio y la última expresion de la pintura monumental, verdadero coronamiento de su obra y para muchos maravilla mayor todavía que los grandiosos frescos de Miguel Angel que se veneran en la Capilla Sixtina.

Estos cartones fueron comprados por Rubens para Carlos I, pero el infeliz monarca tenia otros asuntos en qué pensar y así permanecieron empolvados en el fondo de las cajas hasta que fueron vendidos en pública subasta, en cuya ocasion los compró Oliverio Cromwell, siendo posteriormente restaurados bajo el reinado de Guillermo III.

La *Predicacion de San Pablo* es considerado como uno de los mejores de los siete cartones conservados, pues se perdieron ó estropearon cinco, y puede estudiarse en ellos su admirable composicion y perfecto dibujo, amen de las demas cualidades rafaelescas.

A HESPANHA

PAR OCCASIAO DO SEGUNDO CENTENARIO DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

(CONCLUSION)

HESPANHA

III

A festa é do progresso, universal,
do povo todo irmao,
que vae depor no eterno pedestal
um nome, uma naçao.

Hespanha e Calderon, entrelaçados
em los fraternaes,
aos seculos futuros, dos passados,
caminham immortaes.

¡E' -lhes commum a gloria, porque os louros
que o filho conquistou
sao, na frente da mae, immorredouros,
da mae, que tanto honrou!

¡Tens as bençoas da historia, nas brilhantes
cruzadas pelo estudo!
¡Patria de Calderon, Vega e Cervantes,
Hespanha, eu te saúdo!

NUNO D' ALBUQUERQUE.

ESPAÑA

III

Es fiesta del progreso, universal,
la de ese pueblo hermano,
postrado ante el eterno pedestal
del genio soberano.

España y Calderon, entrelazados
con lazos fraternales,
al porvenir, de siglos ya pasados,
caminan inmortales.

El triunfo es de los dos, pues las victorias
que el hijo conquistó
son otras tantas eternas glorias
de la que el ser le dió.

Resiste por el bien luchas brillantes,
venciste en la campaña...
¡Patria de Calderon, Vega y Cervantes,
yo te saludo, España!

BLAS QUITO.

LOS ESTORNUDOS DEL DIABLO

CUENTO FANTÁSTICO

Sus labios se entreabrieron á semejanza de dos hojas de amapola, suavemente agitadas por el céfiro, y dejaron escapar una sonrisa impregnada de promesas y deseos; de sus grandes y profundos ojos negros brotaron unas como ráfagas de luz, á favor de las cuales pudieron distinguirse vehemencias impacientes, provocaciones atrevidas, ternuras de demonio, éxtasis de esposa y languideces de amante complacida.

Jacinto, fuera de sí, ebrio de amor y esclavo incondicional de aquella mujer irresistible, dando al olvido antipatías y terrores, se abalanzó hacia ella con un Etna en las entrañas, con estremecimiento en los brazos y empujones de besos en los labios.

—¡Detente, imbécil!—profirió la hermosa, soltando una carcajada irónica y glacial.—Tuyas serán mi persona y mis riquezas, pero amor con amor se paga, como decís vosotros los séres de un día. Antes es forzoso que sellemos el

pacto, pues algo tienes tú que concederme á cambio de mis favores.

—Pide.

—Tu alma.

Jacinto retrocedió horrorizado.

—¿De qué te asombra?—prosiguió la aparecida.—¿Qué ménos que el alma puede exigir del hombre amado una mujer amante?

—Es cierto. Explicate.

—¿Eres católico?

—Como todos los españoles.

—Pues bien, á fuer de mortal, español y católico, no ignoras que los goces de este mundo son incompatibles con los del otro. Elige entre ambos mundos.

Jacinto vaciló.

—Oigamos tus condiciones,—dijo al fin.

—¡Míralas!

Al proferir esta palabra, la hermosa colocó abierto sobre la mesa el álbum con tapas de carbon de piedra, y se puso á hojearlo á la vista de Jacinto. Este pudo entonces observar una cosa extraña: el álbum, cuyo grueso no excedía al de un folleto de cien páginas, no agotaba sus hojas por más que las doblaban. Algunas de ellas estaban



EN LA PLAYA

en blanco; en otras veíanse rasgos, cifras, caracteres inteligibles, semejantes á los que en vano mil veces tratamos de descifrar en las lápidas caldeas.

—¿Qué significa eso?—preguntó Santiamen.

—Son otros tantos contratos parecidos al que vamos á firmar. Por ellos y por mi poder, otras tantas nulidades y medianías se elevaron desmesuradamente sobre el nivel de sus semejantes y, lo que es peor, sobre el nivel de otros mortales que merecían ocupar aquellas eminencias. De aquí salieron millonarios, reyes, emperadores, ministros, papas, generales, y no pocas y universales reputaciones en todos los ramos que vosotros llamáis saber humano.

—¿Y todos cumplieron sus compromisos?

—Religiosamente... digo, no, infernalmente, como los cumplirás tú, porque á la fuerza ahorcan.

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿Eres ó no eres el diablo?

—Lo soy.

—Más bien pareces un ángel. No te creo.

—¡Ah, bobo! ¿Qué otra cosa puede ser sino el diablo una mujer hermosa? ¿Qué serán, sino el diablo, la carne, el amor y el vino? ¿Qué son, sino lazos y ardidés diabólicos, vuestras pasiones, vuestros honores y placeres mundanales?

Este arranque de la dama tranquilizó á Jacinto, haciéndole creer que se trataba de un diablo convencional, de un diablo, digámoslo así, modismo, y por demas comun en el lenguaje familiar.

—¡Ah! Este es,—profirió bruscamente la dama.

—¿Qué?—preguntó Jacinto.

—Nuestro contrato. Lee.

—No entiendo esos garabatos.

—Lo olvidaba. Escucha, pues: «Yo, la casi-omnipotente emperadora del Averno y las tinieblas, me obligo, desde este día, á proporcionar á Jacinto González, alias Santiamen, riquezas inagotables, á su antojo. El dicho Jacinto, en cambio, deberá entregarme su alma, á la hora de su muerte y por toda una eternidad.»

—No me conviene el trato,—interrumpió Jacinto.

—¿Por qué razón?

—Mi alma vale más que todo eso. Luégo, puedo fastidiarme de los placeres; codiciar honores, mando, poderío...

—Te doy oro, ¿qué más quieres para lograrlo todo?

—Pues te digo que no me conviene. Me concedes, es cierto, una vida de venturas; pero te cobras en cambio toda una eternidad de...

—Nuevas venturas que te aguardan. En el mundo tenéis una idea equivocada del infierno. Con todo, hay otra cláusula, oye: «El dicho González, alias Santiamen, podrá eludir la entrega de su alma y gozar de la gloria eterna, siempre que viva como un justo y emplee una parte de su fortuna en buenas obras, entendiéndose que esta cláusula deberá observarse rigurosamente, sin que, de quebrantarla en lo más mínimo, haya, por motivo alguno, lugar á apelacion. Y para que así conste, ambos contrayentes firman el presente contrato, en Madrid, á 2 de Noviembre de 1880.»

Jacinto era todo oídos. Ya familiarizado con la aparición, se atrevió á tocar el álbum, y aún á doblar con su propia mano algunas hojas, y observó que no quemaban. Esta circunstancia acabó de confirmarle en la idea de que la dama era, como él, un diablo de carne y hueso, el cual por una excentricidad habíase propuesto divertirse. Pensó luégo en sus monótonos días de oficina, no exentos de disgustos y humillaciones; en los placeres que brinda el mundo al potentado; en la vía, aunque estrecha, de salvacion que le quedaba; miró á la deidad, cuya hermosura parecía por instantes más espléndida, más provocativa, y abrasado de amor y de ambicion, se dispuso á seguir la broma hasta el fin, si broma era, ó á luchar con el mismísimo diablo, si del diablo se trataba.

—¿En qué piensas, babcia?—continuó la aparición.—No puedo ofrecerte unas condiciones más ventajosas. Te doy la felicidad en este mundo y en el otro, y con ella la gloria de haberme vencido, si te salvas. ¿Firmas?

—No, no me atrevo. Tanta generosidad es la que me alarma.

—¡Oh! No debo ocultártelo: tus pasos, si anhelas salvarte, van á ser muy difíciles en el mundo; los honores, el oro y los placeres son abismos de perdición; en ellos se funda mi esperanza.

—¿De suerte que lo que me propones es una gloria efímera á cambio de la eterna?

—Esa es cuenta tuya.

—¿Pero no conoces que para salvar mi alma, según tus condiciones, me será imposible usar de las riquezas, gustar de los placeres?

—No, eso no; bastará que no cometas ni asomo de mala acción; que no desperdicies la ménos favorable coyuntura de hacer bien á tus semejantes. Por lo demás, podrás divertirte, gozar del mundo y sus placeres lícitos.

—¿Sin necesidad de vivir como un cenobita, entre rezos, ayunos y mortificaciones?

—Esa no es religión, ni virtud, sino mogigatería ó espiritualismo vano.

—Siendo así, no te temo.

—Quiero ser aún más generosa. Podrás cometer dos faltas impunemente; á la tercera, ya lo sabes, va la vencida. Yo misma te iré avisando á medida que las vayas cometiendo.

—¿De qué suerte?

—Por medio de estornudos semejantes á los que anunciaron há poco mi llegada.

Jacinto se estremeció.

—¿Estornudarás cada vez que yo deje de ser justo?

—Sí.

—¡Notable generosidad!

Y una sonrisa diabólica entreabrió los labios de la dama.

—¿Firmas?

—Espera. Tú, al parecer, eres fuerte y poderosa; yo soy débil é impotente. ¿Quién me responde de tí?

—Las condiciones mismas del contrato. El oro, según vosotros, es la panacea universal; lo tendrás en abundancia apenas concluido aquél. En cuanto á la salvación de tu alma, si tú realmente eres justo, yo no podré cargar con ella. De Dios no triunfo.

—Bien hablas.

—¿Cuál debo.

—¿Pero es posible que yo logre la dicha de que seas mía?

—Como tú mío.

La dama y Jacinto cambiaban estas razones, de pechos á la mesa, inclinados sobre el álbum abierto. Los perfumados y sedosos rizos de la primera acariciaban el rostro del segundo; sus hombros se tocaban; sus alientos se confundían; sus miradas, al hablar, chocaban con provocativo centelleo; inundaba el aposento una atmósfera embriagadora; los ojos de Jacinto devoraban á intervalos y á hurtadillas el turgente seno de la hermosa, que con la inclinación del talle descubría todos sus encantos. Insensiblemente, las cabezas se acercaron más aún; las miradas se fundieron en un relámpago y... sonó un doble beso cuyo rumor parecía un estornudo.

—¿Firmas?

—Firmo.

Santiamen, en un idem, trazó sobre el álbum, al pié del excéntrico contrato, su nombre de pila, su apellido valedero y el postizo; la dama, en enrevesados caracteres góticos, escribió al lado de la de Jacinto esta lacónica y espantable firma: Yo, EL DIABLO, y por rúbrica, un cuerno retorcido. Apenas hubieron firmado, la tinta, extraída del tintero de Santiamen, se volvió roja.

Este sintió castañetear sus dientes y un temblor convulsivo apoderarse de su cuerpo; tal emoción, no obstante, duró lo que un relámpago.

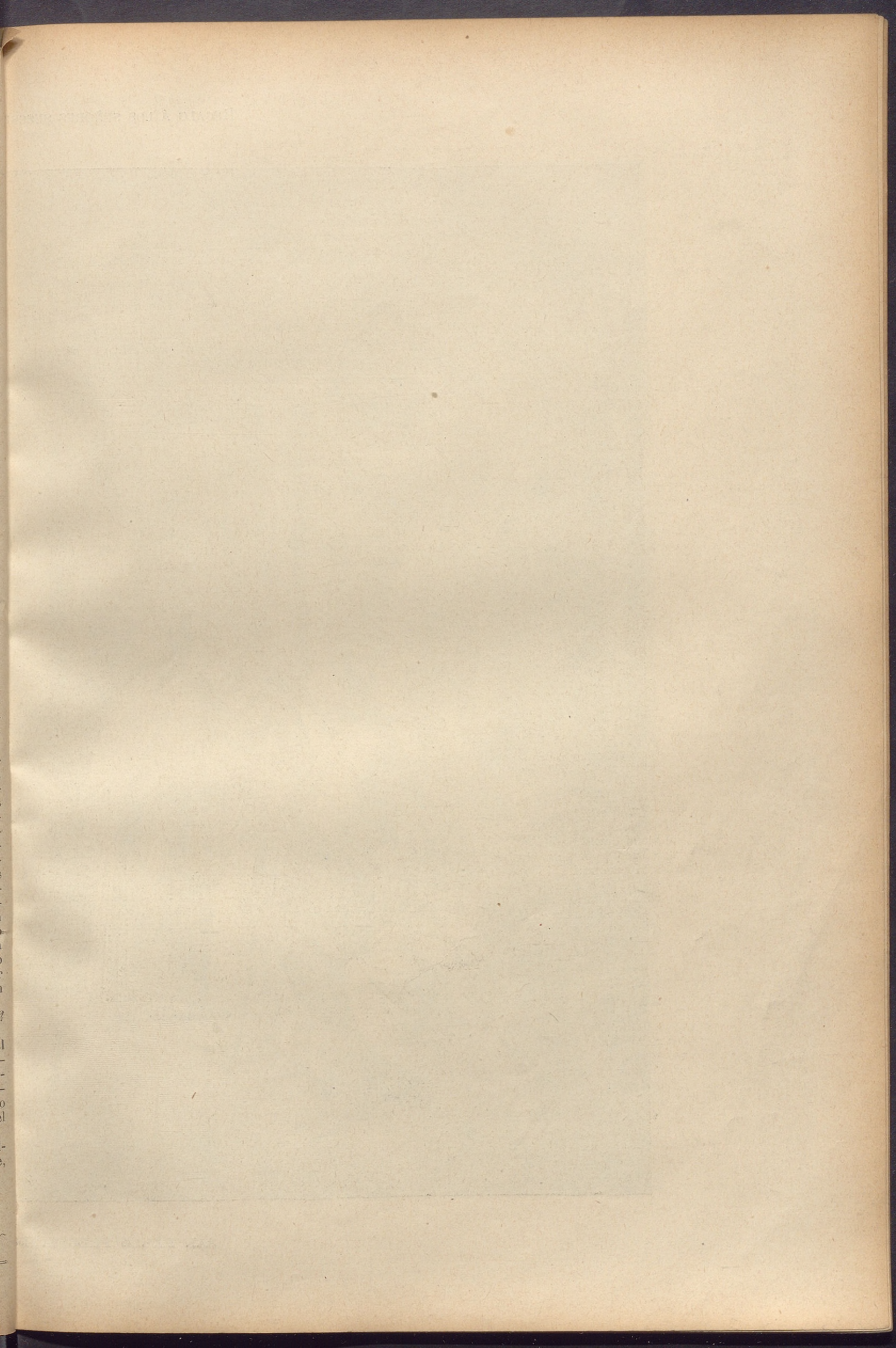
—Mete la mano en el bolsillo,—profirió la hermosa.

(Se continuará).

JUAN TOMÁS Y SALVANY.



AMOR





SAN PABLO PREDICANDO EN ATÉNAS (cuadro de Rafael)

